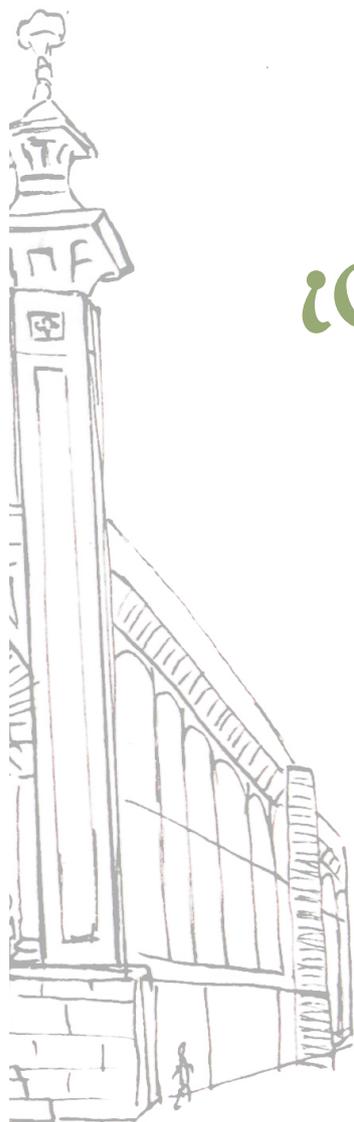


¿QUIÉN QUIERE UN PALACIO?

UN CUENTO DEL MERCADO CENTRAL





¿QUIÉN QUIERE UN PALACIO?

UN CUENTO DEL MERCADO CENTRAL

Cuento de Karin Dunin von Przychowski
Ilustraciones Valentina Melero





Hace mucho, mucho tiempo, en un lugar no muy lejano, vivía un hortelano que tenía tres hijas.

La mayor era redonda como una manzana, sus mejillas eran rojas y resplandecientes como las de una manzana, su pelo relucía dorado como el sol que brillaba sobre los huertos de su padre y se llamaba Aurora.

La mediana era alta y delgada como un espárrago, su piel era de color marfil como los espárragos, sus ojos eran azules como las aguas del río que regaba los huertos de su padre, su pelo era plateado como las nieves que alimentaban este río y se llamaba Blanca.

La pequeña era menudita y delicada como la flor de un cerezo, su piel era rosada como la flor de un cerezo, su boca era pequeña y roja como una cereza, su pelo era marrón como la tierra que cultivaba su padre y se llamaba Bellaflor.

Aunque Aurora, Blanca y Bellaflor eran tan diferentes, se querían mucho y eran las mejores amigas. Cada mañana se levantaban pronto para llevar las hermosas frutas y verduras de su padre al mercado de la ciudad. Allí, cerca de las viejas murallas, montaban su puesto en primavera, en verano, en otoño y en invierno.







En invierno, cuando hacía frío, se ponían cada una tres jerséis, dos bufandas y un abrigo grueso, hasta que Aurora parecía más redonda que nunca y Bellaflor casi no asomaba entre tanta ropa.

En otoño, cuando llovía, ponían toldos de alegres colores y cantaban, cantaban hasta que el cielo pasaba vergüenza por mostrarse tan triste y gris y mandaba las nubes lejos, muy lejos, donde no molestaban a las hermanas y sus clientes.

En verano, cuando hacía mucho calor, se abanicaban con tanta alegría, que el Cierzo, celoso de la competencia, empezaba a soplar con fuerza para mostrar quien mandaba en la ciudad.

Y en primavera, cuando en los campos brotaban las flores que los agricultores hoy en día consideran malas hierbas, decoraban su puesto con tantos ramos que las mariposas y las abejas se acercaban y todo el puesto olía a fruta, flores y miel.

Todos los días vendían sus frutas y sus verduras. Estaban tan ricas y sabrosas y las hermanas eran tan alegres y simpáticas, que cada día venían más y más personas a comprar en el mercado.







Los clientes, después de comprar a las hermanas, iban al carnicero a comprar unas chuletas, y al pescadero, que traía sardinas frescas de la costa, mas tarde pasaban por el panadero, que sacaba el pan tierno de su horno de leña. Si les quedaba un poco de tiempo y un poco de dinero, se iban a la taberna para tomarse un vino y comentaban lo bien que se compraba en este mercado y lo majos que eran todos los vendedores y lo supermajas que eran algunas vendedoras en especial.

Hasta que pasó lo que tenía que pasar:

Llegó un día en primavera, en el que un rico mercader pasaba por la ciudad y se acercó al mercado a comprar unas manzanas, porque estas eran sus frutas preferidas. Cuando vio a Aurora, tan redonda y reluciente como una manzana, se enamoró perdidamente de ella.

”Aurora, ¡cásate conmigo! Te construiré un palacio de oro como tus cabellos, con piedras preciosas de tantos colores como las frutas de tu puesto!”

Aurora no tenía muchas ganas de casarse y dejar a sus hermanas, pero un palacio de oro le parecía una cosa muy bonita y es verdad que en invierno hacía mucho frío y en otoño llovía mucho y en verano hacía mucho calor y seguro, segurísimo que se estaba mucho mejor en un palacio de oro que en la plaza del mercado. Así que Aurora se casó con el mercader y se fue con él a un lugar lejano, donde éste le construía un palacio de oro y de piedras preciosas.







Llegó el verano, el otoño y el invierno y Blanca y Bellaflor iban solas al mercado a vender sus frutas y verduras y a reír y a cantar y a charrar con sus clientes, pero no eran tan, tan felices como antes, porque echaban en falta a Aurora. Pero pensaban: “Seguro que está muy feliz en su palacio de oro.”
Llegó la primavera y con ella una carta de Aurora:

“Queridas hermanas. Aquí estoy, en mi palacio de oro, todo el día sacando brillo a las paredes, a los suelos y a los techos. Todo reluce, pero el sol no quiere entrar y el aire tampoco. No huele a frutas, flores o miel, solamente huele a fregasuelos con aroma de manzana. Mi marido, el mercader, está siempre viajando y yo no hablo con nadie. Ay, ¿por qué tenía que casarme? ¿Por qué quise vivir en un palacio de oro?

Blanca y Bellaflor se ponían muy tristes, pero, ¿Qué iban a hacer?... Cómo... ¿qué iban a hacer? ¿No está claro que iban a hacer? Hicieron lo obvio: Escribieron una carta: “Querida hermana. Si no te gusta tu palacio y tu marido nunca está en casa, ¡vuelve con nosotras!”

Aurora dejó a su palacio de oro y a su marido ausente y al fregasuelos con olor a manzana y volvió con sus hermanas y volvió al mercado y volvió a cantar y a charlar y a reír, igual que sus hermanas.







Y claro, pasó lo que tenía que pasar:

Llegó un día en primavera, en el que un rico mercader pasaba por la ciudad y se acercó al mercado a comprar unos espárragos, porque eran su verdura preferida. Cuando vio a Blanca, tan alta y delgada y pálida como un espárrago, se enamoró perdidamente de ella.

”Blanca, ¡cásate conmigo! Te construiré un palacio de plata como tus cabellos, con perlas tan relucientes como las frutas de tu puesto!”

Blanca no tenía muchas ganas de casarse y dejar a sus hermanas, pero un palacio de plata le parecía una cosa muy bonita. Así que Blanca se casó con el mercader y se fue con él a un lugar lejano, donde este le construía un palacio de plata y de perlas relucientes.

Y llegaban el verano, el otoño y el invierno y Aurora y Bellaflor iban solas al mercado a vender sus frutas y verduras y a reír y a cantar y a charrar con sus clientes, pero no eran tan felices como antes, porque echaban en falta a Blanca. Pero pensaban “Seguro que está muy feliz en su palacio de plata.”

Y llegó la primavera y con ella una carta de Blanca:

“Queridas hermanas. Aquí estoy, en mi palacio de plata, todo el día sacando brillo a las paredes, a los suelos y a los techos. Todo reluce, pero las mariposas no quieren entrar y las abejas tampoco. No huele a frutas, flores o miel, solamente huele a fregasuelos con aroma de pino. Mi marido, el mercader, está siempre viajando y yo no hablo con nadie. Ay, ¿por qué tenía que casarme? ¿Por qué quise vivir en un palacio de plata?”







Aurora y Bellaflor se ponían muy tristes, pero, ¿Qué iban a hacer? Pues, por supuesto escribieron otra carta y Blanca dejó al palacio de plata, al marido viajero y al fregasuelos con olor a pino y volvió con sus hermanas.

Bellaflor se prometió que nunca, nunca, nunca se iba a casar con un mercader y nunca se iba a ir a un palacio. Pasó el tiempo y muchos mercaderes se enamoraron de Bellaflor y le pidieron matrimonio y le prometieron palacios, pero siempre, siempre dijo que no, que ella no iba a dejar a sus hermanas, a sus frutas y verduras, ni a sus amigos el carnicero, el pescadero y el panadero y nunca iba a estar en un palacio donde no hubiese flores, abejas y mariposas.

Pero claro, pasó lo que tenía que pasar:

Llegó un otoño muy lluvioso y a Bellaflor se le calaron los zapatos, se le mojaron los pies y cogió un resfriado.

Y llegó un invierno muy frío y Bellaflor se puso cuatro jerséis, tres bufandas, dos abrigos y una manta encima, hasta que lo único que asomaba era su naricita resfriada, roja como una cereza.

Y a pesar de los cuatro jerséis, de las tres bufandas, los dos abrigos y la manta se puso muy, pero muy enferma. Tan enferma, que se tuvo que quedar con mucha fiebre en casa y no podía ir al mercado. El carnicero, el pescadero, el panadero y sus otros amigos fueron a llevarle regalos y pedirle que se pusiera bien, pero a Bellaflor le dolía mucho la cabeza y no quería hablar con nadie.







Después de una semana, llamaron a la puerta y cuando las hermanas abrieron, se encontraron con un hombre mayor, rechoncho y vestido de traje, con un hermoso bigote y una perilla blanca, que llevaba un gran portafolio negro y pedía ver a Bellaflor. Por mucho que Aurora y Blanca insistieron en que Bellaflor no quería ver a nadie, más insistía el hombre en que tenía que verla.

“Mira, aunque he viajado mucho, sigo siendo Aragonés y muy cabezón, soy de Tarazona, como Don Erre que Erre.”

Y erre que erre, al final las hermanas le dejaron pasar. Cuando entró en la habitación, abrió su gran portafolio y dijo:

“Bellaflor, ponte bien. Te voy a construir un palacio de hierro.”

Al oír esto, los ojitos rojos de fiebre de Bellaflor echaban chispas y a pesar de tener la voz totalmente ronca, gritó:

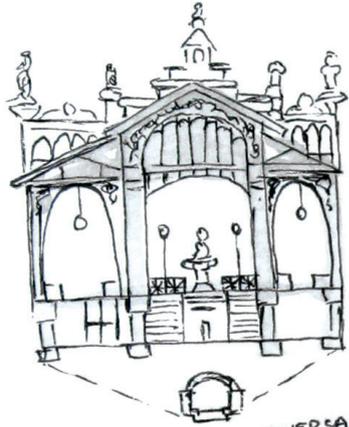
“¡No quiero ningún palacio!” “¡No quiero irme a ningún sitio!” ¡Y no quiero casarme contigo!”

“Escúchame bien. Me llamo Félix y ya estoy casado. Y tú no te irás a ningún sitio. Pero si te pones bien, te voy a construir un palacio de hierro para vender tu fruta.”

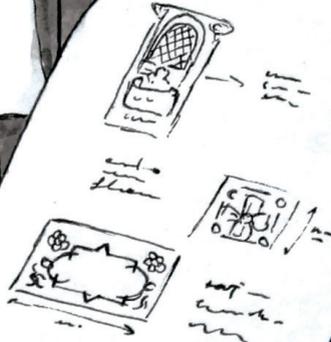
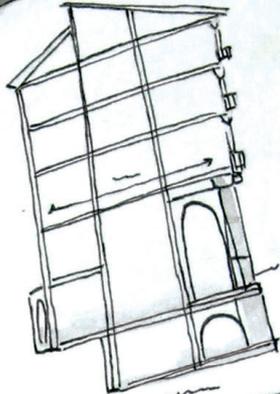
“¡No! Yo quiero estar con mis amigos, con el carnicero, el pescadero y el panadero.”



PROYECTO DE MERCADO
PARA
ZARAGOZA



SECCION TRANSVERSAL





“Estarán también en el palacio de hierro. Y en vez de piedras preciosas o perlas pondré tarjetones con imágenes de los animales que vende el carnicero, de los peces que vende el pescadero, del pan que vende el panadero y por supuesto de la fruta y verdura que vendéis Aurora, Blanca y tu.”

“Pero yo necesito aire y sol. ¡Necesito que haya flores y abejas en primavera!”

“Vas a tener flores y abejas todo el año. Y sol, muchos soles. Mira, te he traído los planos...”

Félix sacó de su portafolio hojas y hojas de planos. Vistas generales, desde un lado, desde el otro, vistas del interior y dibujos de todos los detalles. Tenía razón, era un palacio de hierro precioso para todos los vendedores.

Hoja tras hoja iba sacando Félix de su gran portafolio y parecía que con cada hoja a Bellaflor le bajaba un poco la fiebre y con cada detalle se le iba un poco la tos y con cada dibujo se le paraban un poco los mocos. Así que, después de sacar hojas y hojas y hojas, Bellaflor se sentía casi curada y una semana más tarde podía volver al mercado







Y era verdad, había abejas y flores...

Había 460 girasoles, muchos soles, como Félix había prometido. También había 33 manzanas para Aurora, no había espárragos, pero el cadúceo de Mercurio, largo y delgado como Blanca, en un lugar prominente.

Había espigas de trigo y vides por doquiera y realmente era un lugar para no irse a ningún otro sitio, porque el nombre de la ciudad estaba escondido sobre las columnas de las entradas y el escudo presidía orgulloso la fachada. Hasta la azada del padre de Aurora, Blanca y Bellaflor iba a estar presente.

Félix cumplió su palabra y construyó un palacio de hierro para Bellaflor, sus hermanas y sus amigos.

Así, desde hace más de cien años, los vendedores, sus hijos, sus nietos y sus bisnietos acuden cada día a sus puestos dentro del palacio de hierro.

Ya no pasan tanto frío en invierno ni se mojan en otoño, pero los clientes siguen comentando lo bien que se compra en este mercado y lo majos que son todos los vendedores y lo supermajas que son algunas vendedoras en especial.



PARA LOS MÁS GRANDES:

Cuánto ha cambiado Zaragoza: Fijémonos en las ilustraciones: El Pilar tiene solamente una torre, el Puente de Santiago no existe y NO HAY COCHES! La gente va andando, conversando, compartiendo una vida que transcurre tranquila. Hacer la compra es un acto social.

Hoy en día llevamos a los niños en coche a las extraescolares y aprovechamos la hora escasa entre dejarlos y recogerlos para ir corriendo a los grandes hipermercados, recorrer los pasillos echando productos plastificados en un carro metálico y pagar en la caja donde la fila es más corta. Ni nos fijamos en la cara de la cajera y si el día siguiente ya no está, no sabemos si libra, está enferma o ha sido despedida.

Pero podemos recuperar el placer de comprar en mercados de barrio o en el pequeño comercio de cercanía. Ir con los niños, para que Manoli, la panadera, les regale el colín de siempre. Para que Carmen, la frutera, les explique porque la borraja es tan nuestra. Que Jesús, el pescatero, limpie la merluza delante de ellos y les enseñe donde están las espinas. Y que se asusten con la cara del rape, tan feo pero tan sabroso. Incluso les podemos dejar el monedero para pagar, porque Miguel, el carnicero, no tiene prisa y las señoras detrás están aprovechando la espera para comentar las noticias del barrio. Y volveremos a casa andando, empujando el carro lleno de productos locales, de comida de verdad, comentando lo bien que se compra en el mercado y lo majos que son todos los vendedores y lo supermajas que son algunas vendedoras en especial.

PARA LOS MÁS PEQUES:

Los vendedores de antes ofrecían muchos productos que hoy ya no se venden. ¿Encuentras en los dibujos de los tarjetones algo que nunca hayas probado?

¿Y TÚ?

Si fueses un vendedor ¿Que te gustaría vender en tu puesto?
Diseña tu propio tarjetón:

